

Santiago Craig

VIDA EN MARTA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

SANTIAGO CRAIG
VIDA EN MARTA

TUSQUETS
EDITORES

Libro 1
NACER

Es luz. Es voz. Es aire tibio. Es ruido. Marta. Es alguien. Marta. El aliento; el latido. Un compás. La calma. La lengua y las encías. Lo dulce, lo ácido, lo cálido. El alimento. Marta. El alimento. Es un agujero que recibe, saborea. Aprende a distinguir lo necesario. Procesa. Digiere. Es un agujero que expulsa. Lo que sobra. Es voz. Es luz. Es aire tibio. Un nombre. Algo que se abre. Marta en Marta. Lo que está. Marta. Lo que empuja y berrea. En Marta. Lo que crece.

Había dos personas. Mamá y papá. Además, estaba Marta.

Mamá y papá habían comprado un departamento con plata heredada. Su casa. No les dejaron mucho los muertos, pero alcanzó. Mamá y papá, pensaban algunas cosas que no se decían. Era mejor la pintura satinada, aunque más cara, hubiera valido la pena el gasto: daba otra sensación; no había nada romántico en el ascensor antiguo, tan chiquito y tembloroso; el lavarropas prestado les dejaba a las telas un olor rancio. Por respeto, no se decían. Por no desagradecer. Su vida conyugal, su vida familiar y todo lo que, desde que tuvieron su departamento juntos, su casa, eran ellos se apoyaba encima de la caridad de esos fantasmas pobres. El departamento, la casa, tenía tres ambientes y un balcón enrejado. En el balcón pusieron macetas con malvones. Un malvón se cuidaba solo. Un malvón tenía flores rojas. No había luz natural hasta después del mediodía, pero los malvones crecían igual. Qué lindos los malvones. Era un buen departamento. Ni muy frío ni muy caluroso. Decían, sí, mamá y papá. Una casa con flores y suya.

Había poco. Además de las macetas y los malvones. Una cama de dos plazas, la cuna, una mesa redonda, cuatro sillas tapizadas con cuerina verde, un ventilador de pie, un tocadiscos. Estaban en un buen barrio. Cerca de un bulevar con plazoletas rasas que la municipalidad había prometido parqueizar. Paseos para bicicletas y cuadrados de arena con trepadores, subibajas, hamacas. Habían plantado en fila palmeras achaparradas. Estaban cerca tam-

bién de la avenida Cabildo. Y en la avenida Cabildo había kioscos, bares, galerías. Podían comprar ahí todo lo que necesitaban.

Para tener plata y comprar cosas, papá trabajaba en el puerto. Tomaba pedidos y hacía que los barcos cargaran provisiones. Conectaba a la tripulación con frigoríficos y almacenes. Pero también con hombres que conseguían entradas para los partidos, con mujeres que administraban prostíbulos. Desayunaba con los capitanes ingleses, noruegos, alemanes, suecos. Les hablaba en un inglés precario pero decidido. Trabajaba con su papá, papá. Papá tenía veintidós años. Su papá, el abuelo de Marta, era el dueño del negocio, el que conocía el ambiente, el que decidía, el que le decía a papá: «Vas a hacer esto, y no esto otro». El abuelo mandaba. A su hijo le pagaba poco, pero lo compensaba con algunos beneficios. Así decía: «beneficios». Un auto para que pudiera ir y venir del puerto a su casa, ropa decente, sobrantes de las cargas. Yerba, bombitas de luz, cortes de carne, gaseosas, fiambres. Sobre todo, lácteos. En el departamento de mamá y papá, en la casa, había siempre cartones de leche y olor a queso. Un queso de cáscara negra que papá llevaba en hormas enormes y duraba semanas encima de la mesada cubierto con un repasador húmedo. A mamá, el olor a queso no le molestaba en esos días. Pero, un tiempo después, sin acordarse para nada de los quesos sudorosos, se mareaba cada vez que entraba en una fiambrería.

Mamá estaba todo el día con Marta. En la cocina. No trabajaba. Decía. Era ama de casa. Usaba pañuelos en la cabeza atados sobre la nuca, el pelo corto, aros colgantes y redondos; lavaba vasos de vidrio marrón con un detergente amarillo y lechoso que venía en una botella de plástico anaranjado. Vasos Durax. Detergente Cierito. Fumaba, mamá. Unos cigarrillos finitos, largos, blancos. Todos fumaban Parliament, Jockey Club. Sus cigarrillos eran otros. Eran suyos. Se pintaba de rojo las uñas de las manos y de los pies cada dos días. Llevaba a Marta al almacén en un cochecito de lona azul. En todo lo que hacía mamá había colores. A veces, le hablaba a Marta de los colores. En las palomas, gris; en los jacarandás, violeta; en las nubes, ese blanco y ese azul celeste. Le señalaba las cosas con el dedo para que Marta empezara

a saberlas. Le daba naranjas con un agujero en el ombligo y le decía «naranjas». Nombraba para ella.

Mamá tenía miedo de que se desprendiera un balcón y se les cayera encima, de que un auto subiera a la vereda y las atropellara, de que las calcinara un rayo. Pero no hablaba, ni con Marta ni con nadie más, de esos miedos. Algunas tardes, cortaba un pedazo de queso grande y le daba a Marta un triángulo para que lo fuera gastando con las encías. Salía al balcón con Marta a ver cómo pasaban los autos. Le gustaba pronunciar en voz alta las marcas, los modelos. Si se acordaba de las propagandas, repetía un eslogan, cantaba el estribillo de una canción.

Antes de Marta, mamá había terminado el secundario y había trabajado como azafata casi un año en Austral. No era una chica a los diecinueve. Era una mujer. Una empleada. Había rendido el ingreso a Psicología en la Universidad de Buenos Aires. Había aprobado con nueve y pico los exámenes. Le había gustado aprender que los sueños tenían leyes y que estaban hechos con partes olvidadas del día. «Restos diurnos», de vez en cuando se decía.

Ahora, mamá era mamá. No hablaba tanto de los sueños. Casi nunca. «Yo estudié». «Yo hice el ingreso». «Yo todavía algunas cosas me acuerdo». Había ido a Mendoza en su luna de miel, se había emborrachado en las bodegas. Con poco. Con copas apenas llenas. A un chileno con traje de tres piezas le había preguntado con qué había soñado la noche anterior. Papá contaba seguido la anécdota. «El tipo no sabía si era una gitana o una loca». El chileno no se acordaba del sueño. Y no acordarse de un sueño, parecía, era grave. No querer ver. Era una de las dos veces, decía papá, en las que mamá había estado tan borracha.

La otra, en su casamiento. Aquel día, mamá se había visto tan linda. Con sus párpados pintados de celeste, sus ojos enormes de ardilla asustada, en ese espejo sin bordes del hotel caro. Estaba tan linda. Tan linda. La fiesta se le hizo larga por el miedo a equivocarse, a llorar, con esos párpados celestes, esos ojos enormes de ardilla asustada, a no aguantar nada de lo que todos decían que iba a pasarle desde ahora, de lo bueno que iba a venir, la dicha por la que la felicitaban. Había estado feliz. Tan feliz. Tan linda.

En esos valsos, en ese día, en ese solo día de su casamiento. Tomando casi nada, había estado borracha.

De la fiesta y de la boda, así decían la mamá de mamá, la abuela de mamá, la gente de antes, «boda» y «fiesta», habían quedado dos álbumes de fotos: uno en blanco y negro y uno en colores. Estaban guardados en un cajón con otros documentos y papeles que nadie miraba nunca. Impuestos. Radiografías.

Mamá y papá se habían conocido en un club. Iban los dos a los bailes que se hacían en el gimnasio. No le decían «gimnasio» al gimnasio, le decían «salón». Y el nombre estaba bien, porque ahí nadie levantaba una pesa. Se juntaban señoras a tomar el té, se alquilaba para cumpleaños y bautismos y casamientos. Se hacían los bailes. En el salón, las canciones rebotaban contra las paredes sin nada y el techo de chapa abovedado. Sonaban todas a barullo. Un tumulto. Canciones de Wilson Pickett, de Tom Jones, de Los Gatos, de Manal, de Sandro, de La Joven Guardia, de Trocha Angosta. Ahí se habían prometido andar juntos papá y mamá, se habían dado besos con los labios secos, se habían apretado las manos. Eran dos chicos. El club en el que se habían conocido papá y mamá era una casa larga con barra, *vitreaux* y un parquecito. Club de ex alumnos del Instituto O'Connor. Sus padres, los abuelos de Marta, los papás de papá y mamá, habían sido compañeros de escuela. En las paredes del club, había fotos de los abuelos jóvenes posando para el equipo de fútbol. El abuelo materno se llamaba Patricio y jugaba de centrodelantero. El abuelo paterno se llamaba Santiago y le decían Jack: jugaba de dos. En aquella época, a los defensores les decían *back*. En un diario de la comunidad irlandesa, enmarcado también, puesto sobre la pared rasposa, el abuelo Santiago aparecía solo. Debajo de su foto, el epígrafe decía: «Jack the Back». Había también otras fotos de ellos más chicos, nenes rapados y firmes, con bermudas y corbata, en filas simétricas, ordenadas de menor a mayor, mirando un mástil en el centro de un patio blanco. El Instituto O'Connor era un colegio de inmigrantes administrado por curas. El padre Brian, el padre Dani. Era un colegio pupilo. Los abuelos vivían ahí la mayor parte del año. En el colegio, los obligaban a quedarse horas quietos mirando una pared, les pegaban con una regla en

los dedos, los hacían arrodillar en maíz y les cruzaban la espalda con una vara si algo de lo que hacían o decían estaba fuera de lugar. Cada alumno tenía un misal, y marcaban los salmos con tréboles que arrancaban del campo. El trébol explicaba cómo podía ser Dios uno y trino: Padre, Hijo, Espíritu Santo. Para que la idea les quedara clara, los curas, de vez en cuando, los hacían juntar algunos tréboles de la cancha de fútbol y tragárselos.

Los abuelos estaban encariñados con sus días de infancia. Contaban sueltos la tortura, el aislamiento, la precariedad de la comida, el frío, las palizas. Entonces era otra época, las cosas eran así y así estaban bien. Como ellos eran chicos y no conocían la desgracia aleatoria y brutal que conocerían después, decían incluso que esa época había sido mejor que todas las otras. A sus hijos los criaron con ese ideal entre las cejas, puesto en la frente como una persignación microscópica de las que se hacen al entrar en una iglesia. Amarrados al respeto por lo que para ellos serían siempre las normas, la sensatez, lo cierto. Su época.

Cuando acunaban a Marta para que durmiera la siesta, los abuelos le cantaban canciones en inglés que habían aprendido en la escuela. Una, la que cantaba Patricio, hablaba de un soldado que volvía a su casa; otra, la de Santiago, sobre un oso que vivía encima de un árbol.

Había una Marta bebé en el departamento que papá y mamá habían comprado con la plata de los muertos pobres. Acurrucada entre los ruidos y las luces y los olores del mundo. Adentro de ella, estaba Marta. Con el tiempo, cuando viera algunas fotos de Marta bebé, las pocas que había, un número justo: nueve, Marta iba a creer reconstruir esos días sin memoria, pero en realidad iba a inventarlos.

Marta iba a contarle a Marta un primer recuerdo. Algo que pasaba en la cocina de su casa, de su departamento. Había un pastillero que se le resbalaba de las manos y se le caía. Uno de esos tubos rectangulares coronados por cabezas de personajes infantiles. El pastillero de Marta era azul y tenía en la punta la cabeza del gato Silvestre. Marta iba a recordar que Marta estaba en el piso, a los pies de su mamá. El piso era frío, hecho con baldosas cuadradas. Los pisos de todos los departamentos del edificio eran idénti-

cos. Flexiplast. Venían así y así los dejaban. También iba a poder evocar el olor a sopa, a verdura hervida, y el tono verdoso de la luz, turbio como el agua de un estanque. De mamá aquel día, Marta iba a retener las piernas y una pollera larga, o podría ser un delantal. Igual que en algunos dibujos animados, no había un torso, una cara, no había una continuidad para esas pantorrillas gigantes. Había una voz, sí, la misma voz de siempre, que llegaba desde arriba. Marta vio a Marta aquella vez jugar con un pastillero en el suelo y dejarlo caer al fondo de una rejilla abierta. Marta supo que Marta pensó, aunque era imposible pensar así para un bebé, un pedacito de algo todavía crudo: «Esto es irremediable».

Marta vio a Marta llorar y patear en las baldosas. Detrás del berrinche, vio a mamá levantarla del suelo y apoyarla en su regazo, acariciarla y decirle que un pastillero no era importante, que había otros, que había muchos. Y mientras Marta dejaba de llorar, mientras Marta se apretaba húmeda al pecho de mamá, Marta supo que Marta volvió a pensar: «Irremediable».

Supo Marta también que había un pozo negro que podía tragarse las cosas para siempre. Supo que la cara enojada del gato Silvestre que cada mañana se dejaba manosear y chupar y sacudir podía no estar nunca más. Se apuró entonces a acomodarse en la gelatina del cerebro aquella tarde en la cocina. Amontonó el olor cítrico del detergente con la luz caldosa, el frío de las manos en el piso y la frase inventada que le puso en los labios a mamá en su cabeza: «Marta, el gatito no está más: es irremediable».

Después de ese pastillero que cae y se pierde, en Marta empieza su memoria. Aparece el recuerdo de un televisor con dos colores que estaba prendido todo el tiempo. Desde la cuna, una luz. Celeste. Blanca. En el televisor, hechas con esa luz titilante, pudo ver marionetas que enseñaban las vocales con dibujos de frutas y edificios, partidos de fútbol brumosos en tormentas de ruido blanco, un señor engominado y de anteojos que leía cables de noticias internacionales. Había una canción, además, un jingle que salía del televisor. «Un vino blanco diferente con una uva transparente, sabroso y fresco, Casa de Troya». Mujeres vestidas de blanco cabalgaban a la vera de un río. Los caballos, blancos también, chapoteaban. La sensación de frescura y tranquilidad, la

secuencia repetida. De eso se iba haciendo la memoria. Se fueron instalando, con la canción, las mujeres, la luz blanca, celeste, blanca, los caballos en el agua, pero también papá. Una misma idéntica frescura en el olor de papá y en esa transparencia sabrosa que ofrecía el vino: una colonia silvestre, algo cerca del limón y las flores vulgares, pero también de las moras cuando se desprenden de las ramas y de a montoncitos en el suelo se descomponen. Marta guardó en Marta una voz con ese olor. Un coro de mujeres, un caballo blanco, el limón y las flores. Papá. La misma voz que le cantaba al vino a ella le decía, cuando bajaba el sol, las otras luces del mundo, y llegaba papá: «Marta —le decía—, Martita —le decía—, buenas noches». Cantaban en Marta las mujeres en coro, cada vez que papá volvía a casa.

Haciendo su memoria, Marta en Marta empezó a escarbar un pozo, a mezclar ahí, en el barrial, las cosas que se le ofrecían. Marta en Marta empezó un trabajo: hacerse.

Antes de Marta, había habido otras Martas con las manos metidas en el revoltijo. Ellas supieron separar el olor del trigo del de los venenos, las palabras dulces de los insultos, ellas distinguieron néctar en el vino con soda de todas las fiestas, encontraron en las canciones tontas que bailaron, en las manos apretadas, en los silencios, las penitencias, boyas y cadenas para encauzar su memoria y su carácter.

Antes de hablar y de entender y de nombrar, antes de verse en un espejo y decir «soy esa», Marta en Marta, desde adentro, empujó esa espuma que se hinchaba con lo que le ofrecía el mundo. Las voces tersas, filosas, duras, divinas de papá y mamá, y el ruido que entraba por las ventanas, el piso de la cocina frío y ordenado, los purés tibios, las marionetas que decían «be larga», «semáforo». De adentro hacia afuera, como el cuerpo la obligaba a hacer con las punciones, el gas, los alaridos, los líquidos, el miedo, el hambre, la flema, empujó desde los tobillos al estómago, del estómago al plexo, y dejó que ahí se atorara para reventar y esparcirse lo que en Marta entraba.

Rellena y sólida de pronto, quiso largar. Erguida y bípeda, Marta guio un pie de Marta y después el otro para avanzar sobre muebles y ruidos y baldosas y caminó sin ver, desde su cuna has-

ta el pasillo, y desde el pasillo, desde la oscuridad del mundo, a la pieza de mamá y papá. Parada en la puerta, con la mano diminuta agarrando el marco de metal, la anécdota familiar repetida hasta el hartazgo, engarzada en la cadena de fantasías que armaban la historia de una familia, su memoria, la iba a recortar del fondo quieta y desorientada, aparecida como un fantasma frente a mamá y papá desnudos y enredados, sin sábanas. Iba a contar mamá que había saltado de la cama para abrazarla, para taparle los ojos, para cuidarla de algo. Y que, por la vergüenza, por el susto automático, había tardado un rato en darse cuenta de que Marta caminaba. Parada por primera vez, ahí en la puerta. Aparecida.

Eso iban a contar y a decir. Pero Marta había visto aquella noche, había dejado en Marta otra cosa: un pozo negro adentro de un pozo negro, un vacío que no terminaba de hacerse nunca, en la pieza de mamá y papá, en el susto, en los primeros pasos avanzando por el pasillo helado, un lugar hacia donde una vida anterior y primitiva, una fila de Martas, de fantasmas pobres, sin esto que ahora era Marta en Marta, caía sin fondo, y se perdía irremediable.